

acudió el dictador diciendo á sus soldados si no les avergonzaba huir del humo como las abejas, y les hizo volver contra el enemigo, gritándoles: *Suis flammis delete Fidenas, quas vestris beneficiis placare non potuistis* (1). Resultó, pues, inútil el ardid de los fidenates y perdieron la batalla.

CAPÍTULO XV

El mando del ejército debe tenerlo uno y no varios, porque en más de uno es perjudicial.

Los fidenates sublevados asesinaron á los colonos enviados á su ciudad por los romanos, y para castigar el agravio nombraron éstos cuatro tribunos con potestad consular, de los cuales dedicaron uno á la guarda de Roma y enviaron con el ejército contra los fidenates y los veientes, á los otros tres que, por sus diferencias de opinión, sufrieron descrédito, aunque no daño. Produjeron el descrédito sus divisiones y evitó el daño el valor de los soldados. Vieron los romanos este desorden y nombraron un dictador para remediarlo. Prueba esto cuán inútil es encargar á varios del mando de un ejército ó de una plaza que sea preciso defender. Claramente lo dice Tito Livio en la siguiente frase: *Tres Tribuni potestate consulari documento fuere, quam plurimum imperium bello inutile esset; tendendo ad sua quisque consilia cum alii aliud videretur, aperuerunt, ad occasionem locum hosti* (2).

(1) Con sus propios fuegos incendiad Fidenas, ya que vuestros beneficios no pudieron aplacarla.

(2) Tres tribunos con potestad consular mostraron cuán inútil es el mando ejercido por varios. Teniendo cada cual su opinión y deseando imponerla á los otros, ocasionaron que el enemigo se aprovechara de su desacuerdo.

Aunque baste dicho ejemplo para probar el desorden que produce en la guerra la pluralidad de mandos, presentaré otros de tiempos modernos y antiguos, que lo demuestran por completo. Cuando el rey de Francia Luis XII tomó á Milán en 1500, mandó tropas á Pisa para restituir esta población á los florentinos, quienes enviaron como comisarios á Juan Bautista Ridolfi y á Lucas Antonio de Albizzi, y como Juan Bautista gozaba de gran reputación y era de mayor edad, dejábale Lucas Antonio el gobierno de todas las cosas, sin demostrar ambición contrariándole, pero poniéndola de manifiesto con su silencio, su negligencia y su desdén por cuanto se hacía. No ayudaba, pues, al ejército ni con obras ni con consejos, como si para todo fuera inútil; pero pronto se conoció lo contrario, cuando, por un accidente ocurrido, tuvo que volver Juan Bautista á Florencia. Quedando solo Lucas, demostró cuánto valía por su habilidad y su talento, dotes no probadas mientras tuvo compañero. En confirmación de mi propósito, apelaré de nuevo á las palabras de Tito Livio. Dice este historiador que, habiendo enviado los romanos contra los equos á Quintio y á su colega Agrippa, éste quiso que toda la dirección de la guerra estuviera á cargo de Quintio, diciendo: *Saluberrimum in administratione magnarum rerum est, summam imperii apud unum esse* (1).

Nuestras repúblicas y nuestros príncipes de ahora hacen todo lo contrario. Para administrar mejor las localidades sujetas á su gobierno mandan muchos jefes, lo cual produce admirable confusión. Si se investigan las causas de los fracasos de los ejércitos franceses é italianos en nuestros tiempos, encontrarése que dependen de esta importantísima falta. En resumen, vale

(1) En la dirección de los asuntos importantísimos conviene al éxito que uno solo ejerza el mando supremo.

más encargar cualquier empresa á un hombre solo de mediana prudencia, que á dos de gran mérito con igual autoridad.

CAPÍTULO XVI

El verdadero mérito búscase en los tiempos difíciles. En los fáciles no son los hombres meritorios los favorecidos, sino los más ricos ó mejor emparentados.

Siempre ha ocurrido y sucederá que las repúblicas hagan poco caso de los grandes hombres en tiempo de paz, porque envidiándoles muchos ciudadanos la fama que han logrado adquirir, desean ser sus iguales y aun superiores. De esto refiere un buen ejemplo el historiador griego Tucydides, quien dice que, habiendo quedado victoriosa la república ateniense en la guerra del Peloponeso, enfrenado el orgullo de los espartanos y casi sometida toda Grecia, fué tan grande su ambición, que determinó conquistar Sicilia.

Discutióse el asunto en Atenas. Alcibiades y algunos otros ciudadanos aconsejaban la empresa, porque más que al bien público atendían á su propia gloria, esperando ser los encargados de ejecutarla; pero Nicias, que era el primero entre los ciudadanos más distinguidos, oponíase á ella, y el argumento más fuerte que hacía en sus arengas al pueblo para persuadirle de su opinión, consistía en que, al aconsejar no se hiciera esta guerra, aconsejaba contra su propio interés, porque bien sabía que en tiempo de paz eran infinitos los ciudadanos deseosos de figurar en primer término; pero también que, en la guerra, ninguno le sería superior ni siquiera igual.

Existe, pues, en las repúblicas la irregularidad de estimar en poco á los hombres de mérito en las épocas tranquilas; cosa que ofende á éstos doblemente, por no ocupar el lugar que les corresponde y por ver como iguales ó superiores á personas indignas ó de menos capacidad que ellos. Estas injusticias han causado grandes males en las repúblicas, porque los ciudadanos que inmerecidamente son desdeñados y comprenden que la causa de ello es la tranquilidad y seguridad del Estado, procuran perturbarlo promoviendo nuevas guerras con perjuicio de la nación.

Reflexionando sobre los medios de evitar este mal, sólo encuentro dos: uno, impedir que los ciudadanos se hagan ricos, á fin de que no puedan, con riquezas y sin virtud, corromper á los demás; otro, organizarse de tal suerte para la guerra, que en cualquier momento se pueda hacer y constantemente sean precisos los servicios de los ciudadanos famosos, como hizo Roma en sus primeros tiempos. Siempre tenía esta ciudad ejércitos en campaña, y, por tanto, ocasión para que se probara el talento y valor de los hombres. No se podía privar á ninguno del cargo que desempeñara bien, para darlo á quien no lo mereciera. Si alguna vez se hacía esto por error ó por intentar nuevo sistema, producíase en seguida tan peligroso desorden, que inmediatamente se volvía al buen camino. Pero las demás repúblicas no organizadas como Roma, y que sólo hacen guerra cuando la necesidad les obliga, no pueden evitar tales inconvenientes, y siempre serán causa de interiores discordias, si el ciudadano meritorio y desdeñado es vengativo y tiene en la ciudad partidarios que le sigan. Roma evitó este peligro durante algún tiempo; pero cuando hubo vencido á los cartagineses y á Antíoco, no temiendo ya los riesgos de la guerra, creyó poder confiar el mando de los ejércitos á los que lo solicitaban,

no mirando tanto al valor y al mérito como á otras cualidades de las que proporcionan el favor popular. Así se ve que á Paulo Emilio se le negó muchas veces el consulado y no llegó á ser cónsul hasta que se emprendió la guerra contra Macedonia. Juzgóse peligrosa esta guerra, y entonces los ciudadanos, por voto unánime, le nombraron para dirigirla.

En las guerras sostenidas desde 1494 por nuestra ciudad de Florencia, ningún ciudadano se había hecho famoso como buen general. Encontróse al fin uno que enseñó la manera de dirigir un ejército, y fué Antonio Giacomini. Mientras hubo que mantener guerras peligrosas, cesaba la ambición de los demás florentinos, y al elegirse comisario y general, no tenía competidor alguno; pero hubo que hacer una de seguro éxito y á propósito para adquirir honores y fama, y entonces encontró tantos competidores que, debiendo ser nombrados tres comisarios para el cerco de Pisa, prescindió de él. Aunque no se vieron claramente los males que produjo al Estado el no enviar á Giacomini pueden, sin embargo, conjeturarse fácilmente, porque los pisanos carecían de víveres y de medios de defensa, y Antonio les hubiera puesto cerco tan riguroso, que pronto se rindieran á discreción de los florentinos. Pero dirigido el asedio por generales que no sabían estrecharlo ni asaltar la plaza, se perdió tanto tiempo, que Florencia necesitó comprar lo que podía haber adquirido por la fuerza de las armas. Seguramente sintió Antonio Giacomini el menosprecio y fué muy paciente y bueno para no desear vengarse, ó con la ruina del Estado, de poderla realizar, ó con la pérdida de alguno de sus émulos. Toda república debe guardarse de tal peligro, como demostraremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XVII

No se debe ofender á un ciudadano y darle después una administración ó mando importante.

Deben las repúblicas no confiar mandos importantes á ciudadanos á quienes antes hayan ofendido gravemente.

Claudio Nerón estaba con su ejército frente al de Anníbal, y se marchó con parte de él á la Marca de Ancona para unirse con el otro cónsul y combatir á Asdrúbal, antes de que uniera sus fuerzas con las de Anníbal. Anteriormente había combatido con Asdrúbal en España, arrinconándolo en un paraje donde éste tenía que pelear con desventaja ó morir de hambre; pero el cartaginés le entretuvo astutamente con algunas gestiones de convenio, y pudo escapar, quitando á Claudio la ocasión de cogerle. Sabido esto en Roma, el Senado y el pueblo hicieron grandes cargos á Claudio Nerón, hablándose injuriosamente de él en toda la ciudad y menoscabando su honor, cosa que le indignó extremadamente.

Elegido después cónsul y enviado contra Anníbal, tomó la determinación antedicha, tan peligrosa, que Roma estuvo inquieta y alarmada hasta que supo la noticia de la derrota de Asdrúbal. Preguntado después Claudio por qué obró de aquel modo, exponiendo sin necesidad apremiante la libertad de Roma, respondió que lo hizo porque sabía que, si triunfaba, reconquistaría la fama perdida en España, y si era vencido, fracasando su atrevimiento, se vengaba de aquella ciudad y de aquellos ciudadanos que tan indiscreta é ingratamente le habían ofendido.

Si la impresión de la ofensa duraba tanto en el ánimo de un ciudadano romano en época en que aquella república no estaba aún corrompida, júzguese lo que influirá en los habitantes de una ciudad que no se encuentre en la situación en que Roma estaba entonces.

Como para estos desórdenes que ocurren en las repúblicas no cabe dar seguro remedio, resulta que tampoco es posible organizar un Estado republicano con carácter de perpetuidad, porque por mil inesperadas vías llega á su ruina.

CAPÍTULO XVIII

La mayor habilidad de un general consiste en adivinar los designios del enemigo.

Decía el tebano Epaminondas que lo más necesario y útil á un general de ejército es conocer los proyectos y las determinaciones del enemigo. Siendo difícil este conocimiento, digno de grande alabanza es quien lo adquiere. Y no ofrece tanta dificultad saber los intentos del enemigo como conocer sus actos, sobre todo cuando no está lejano, sino inmediato, pues muchas veces ha sucedido que, durando una batalla hasta llegar la noche, el vencedor se crea perdido y el vencido victorioso; error que ha producido determinaciones funestas para quien las toma, como sucedió á Bruto y Casio que, por una equivocación de esta índole, perdieron la batalla. Vencedor Bruto en el ala que mandaba, y vencido Casio en la suya, creyó éste que todo el ejército estaba derrotado y que no podía salvarse, por cuyo error se suicidó.

En nuestros tiempos y en la batalla que en Santa Ce-

ilia, en Lombardía (1), dió el rey Francisco I de Francia á los suizos, al anochecer, algunos batallones suizos que estaban intactos creyeron ser vencedores, sin saber que otros muchos de ellos habían sido destrozados, error que causó su pérdida, por esperar la venida del nuevo día para reanudar el combate con grandísima desventaja, y que además produjo otra equivocación que pudo ser de funestas consecuencias para los ejércitos pontificio y español, los cuales, por la falsa noticia de la victoria de los suizos, pasaron el Po, y si llegan á avanzar, quedan prisioneros de los franceses victoriosos.

En igual error incurrieron el ejército romano y el de los equos. Mandaba aquél el cónsul Sempronio, y, empeñada la batalla, duró todo el día la lucha con varía fortuna. Llegada la noche y medio destrozados los dos ejércitos, ninguno de ellos volvió á su campamento, retirándose ambos á las colinas próximas, para mayor seguridad. El ejército romano se dividió en dos partes: una se fué con el cónsul y la otra con el centurión Tempanio, cuyo valor salvó á los romanos aquel día de completa derrota. A la mañana siguiente el cónsul, sin saber nada del enemigo, emprendió la retirada hacia Roma, y también se retiró el ejército de los equos, porque cada cual creía que el contrario era vencedor, y ambos abandonaban sus respectivos campamentos como presa del victorioso. Pero ocurrió que Tempanio, al retirarse con parte de las tropas romanas, oyó decir á algunos heridos de los equos que sus capitanes se habían marchado, abandonando el campamento. Al saber esta noticia volvió, salvó el campamento romano, saqueó después el de los equos y llegó á Roma vencedor.

Esta victoria, como se ve, fué para el primero que

(1) La batalla de Mariñán.

supo el desorden en que estaba el enemigo. Debe, pues, tenerse en cuenta, porque con frecuencia ocurre, que dos ejércitos enemigos, estando frente á frente, sufran igual desorden y tengan iguales necesidades, venciendo en tal caso el primero que sepa los apuros del otro. Citaré un ejemplo de nuestro país y de nuestros tiempos. En 1498, los florentinos sitiaban á Pisa con numeroso ejército, estrechando mucho á los sitiados; los venecianos, que la habían tomado bajo su protección, no vieron otro medio de salvarla que el de distraer la atención y las fuerzas de Florencia, invadiendo con las suyas otras posesiones de los florentinos, y, con poderoso ejército, entraron por el Val de Lamona, ocuparon el pueblo de Marradi y cercaron la fortaleza de Castiglione, situada en el collado que lo domina. Al saberlo los florentinos determinaron socorrer á Marradi, sin disminuir las fuerzas que sitiaban á Pisa. Para ello reunieron tropas de á pie y de á caballo y las enviaron en aquella dirección á las órdenes de Jacobo IV de Appiano, señor de Piombino, y del conde Rinuccio de Marciano. Al llegar este ejército al collado de Marradi, levantó el enemigo el sitio de Castiglione y se parapetó en el pueblo. Ambas fuerzas estuvieron algunos días frente á frente, careciendo las dos de víveres y de otros efectos necesarios. Ninguna se atrevía á atacar, porque mutuamente ignoraban sus respectivos apuros, y en una misma noche determinaron abandonar los alojamientos á la mañana siguiente y retirarse, los venecianos hacia Berzighella y Faenza, y los florentinos hacia Casaglia y el Mugello. Al amanecer, en los dos campamentos pusieron en marcha los bagajes; pero, por acaso, una mujer, que por su vejez y pobreza no inspiraba sospechas, salió del pueblo de Marradi y fué al campamento florentino para ver á algunos parientes suyos que había en este ejército. Por ella supieron los jefes que los vene-

cianos estaban en marcha, y animándoles esta noticia, mudaron de resolución, salieron persiguiendo al enemigo como si le hubieran desalojado de sus posiciones, y escribieron á Florencia que le habían rechazado y vencido en aquella guerra. Esta victoria la debieron al acaso de saber la retirada los venecianos antes que éstos la de los florentinos; de suceder lo contrario, aquéllos fueran los vencedores.

CAPÍTULO XIX

Si para gobernar á la multitud es preferible la indulgencia ó la severidad.

Quando agitaban á Roma las desavenencias entre nobles y plebeyos, sobrevino una guerra y enviaron al frente de los ejércitos á Quintio y Apio Claudio. Era Apio cruel y severo en el mando, y fué mal obedecido, hasta el punto de que, casi derrotado, huyó de su provincia. Quintio al contrario, por ser benigno y de bondadoso carácter, tuvo obedientes á sus soldados y alcanzó la victoria. De aquí se deduce que para gobernar á la multitud vale más ser humano que soberbio, piadoso que cruel. Sin embargo, Cornelio Tácito, cuya opinión siguen otros muchos escritores, declara lo contrario al decir: *In multitudine regenda plus pena, quam obsequium valet* (1).

Procurando armonizar ambas opiniones, distinguiré si tienes que dirigir hombres que de ordinario sean compañeros tuyos ú hombres que son siempre súbditos.

(1) Para regir á la multitud vale más la severidad que la clemencia.

tos. En el primer caso no se puede usar el rigor y la severidad de que habla Tácito; y como la plebe romana compartía el gobierno de la ciudad con los nobles, ninguno que temporalmente ejerciera autoridad sobre ella podía tratarla con crueldad y rudeza. Muchas veces se vió obtener mejor fruto á los generales romanos que se hacían amar de los ejércitos manejándolos bondadosamente, que á los que se hacían temer por modo extraordinario, si no tenían grandísimo mérito, como el de Manlio Torquato.

Pero los que mandan á súbditos, á quienes Tácito se refiere, para que no lleguen á insolentarse y á menospreciar una autoridad excesivamente bondadosa, deben preferir muchas veces el rigor á la clemencia, si bien la severidad debe ser moderada para que no inspire el odio contra quien la emplea, pues á ningún príncipe conviene hacerse odiar. El modo de evitarlo es respetar los bienes de los súbditos. Ningún príncipe hace derramar sangre por gusto, sino por necesidad, á no excitarle la rapiña, y la necesidad ocurre raras veces; pero buscará y encontrará pretextos para derramarla si codicia los bienes, según ampliamente demostramos en otro lugar.

Merece, sin embargo, mayor alabanza Quintio que Apio, y la opinión de Tácito, dentro de límites prudentes, y no en el caso de Apio, debe aprobarse.

Puesto que he hablado del rigor y de la clemencia, no creo ocioso explicar cómo pudo más en el ánimo de los faliscos un ejemplo de humanidad que la fuerza de las armas romanas.

CAPÍTULO XX

Un rasgo de humanidad pudo más en el ánimo de los faliscos que todo el poder de Roma.

Sitiaba Camilo con su ejército la ciudad de los faliscos, y un maestro de escuela que enseñaba á los niños de las principales familias de esta población, para hacerse grato á Camilo y al pueblo romano, sacó á sus discípulos con pretexto de hacer ejercicio, los condujo al campamento romano, y presentándolos á Camilo, le dijo que, mediante aquellos rehenes, se entregaría la ciudad. Camilo no sólo rehusó el regalo, sino que hizo desnudar al maestro, atarle las manos á la espalda, y dando á cada niño una vara, les mandó que lo volvieran á la ciudad azotándole. Al saber los faliscos el suceso, agradóles tanto la humanidad é integridad de Camilo, que determinaron no defenderse más y entregar la plaza.

Este ejemplo demuestra cuánto más influye á veces en el ánimo de los hombres un acto generoso y caritativo, que uno feroz y violento, y cómo la ocupación de una provincia ó de una ciudad que ha resistido á las armas, á las máquinas de guerra y á toda humana fuerza se consigue muchas veces por un ejemplo de bondad, de piedad, de castidad ó de liberalidad, de los cuales se leen muchísimos en la historia.

Los ejércitos de Roma no podían arrojar á Pirro de Italia, y lo consiguió la liberalidad de Fabricio, dándole á conocer la oferta hecha por uno de sus familiares á los romanos de envenenarle.

No dió tanto prestigio en España á Scipión el africa-

no la toma de Cartagena, como el ejemplo de castidad al deber intacta á su marido una joven y bella esposa; la fama de este acto le produjo la amistad de toda España.

La historia demuestra también cuánto desean los pueblos estas virtudes en los grandes hombres, y cuánto las alaban los escritores, tanto los que narran la vida de los príncipes, como los que les preceptúan la manera de vivir. Xenofonte, entre otros, insiste mucho en demostrar los honores, las victorias y la buena fama que produjeron á Cyro ser humano y afable, y no dar ejemplo alguno de soberbia, ni de crueldad, ni de lujuria, ni de vicio alguno de los que manchan la vida de los hombres.

Sin embargo, como Anníbal, observando una conducta opuesta á la de Cyro, alcanzó gran fama y grandes victorias, examinaré en el siguiente capítulo la causa de ello.

CAPÍTULO XXI

Por qué Anníbal, procediendo de distinto modo que Scipión, fué tan victorioso en Italia como éste en España.

Admiraré á algunos, sin duda, ver que capitanes que han observado opuesta conducta á la antes elogiada hayan alcanzado, sin embargo, iguales triunfos, de suerte que, al parecer, la victoria no depende de las citadas causas y éstas no dan ni mayor fuerza ni mejor fortuna, pues, realizando lo contrario, puede adquirirse fama y gloria. Para demostrar lo que antes he afirmado, compararé á los dos hombres ya citados.

Entró Scipión en España, y por su piedad y sentimientos humanitarios conquistó inmediatamente la

amistad de aquella provincia, haciéndose amar y admirar de sus habitantes. Anníbal, al contrario, invadió Italia, procediendo con violencia, crueldad, avaricia y todo género de perfidias, y, sin embargo, logró dominar lo mismo que Scipión en España, porque en su favor se rebelaron todas las ciudades de Italia y le siguieron todos los pueblos.

Pensando de dónde pueda nacer que distintos procedimientos produzcan iguales efectos, encuéntrase motivos en la misma naturaleza de los hechos. Es el primero el deseo natural en los hombres por cosas nuevas. Lo mismo aspiran á novedades los que viven bien que los que viven mal, y ya dijimos en otra ocasión, por ser cierto, que la buena vida cansa y la mala aflige. Esta aspiración facilita las vías á quien en una provincia se pone al frente de cualquier cambio. Si viene de fuera se acude á recibirle; si es del país se le rodea, ensalza y favorece, y proceda como quiera, hace grandes progresos en aquella comarca.

Además, excitan principalmente á los hombres dos afectos, el amor y el miedo, y lo mismo les domina quien se hace amar que el que les inspira temor, siendo frecuente que sigan y obedezcan mejor á quien temen que á quien aman. Importa, por tanto, poco á un general seguir cualquiera de ambos caminos, siempre que por su valor y mérito sea famoso; pues si su reputación es grande, como lo fué la de Anníbal y la de Scipión, borra cuantas faltas se cometen, por hacerse amar ó temer demasiado. Ambas cosas pueden producir grandes inconvenientes y sucesos ocasionados á la ruina de un príncipe, porque quien desea ser excesivamente amado, á poco se aparte de la verdadera vía, resulta despreciable; y quien aspira á ser muy temido, á poco que exagere los medios, será odioso. No consintiendo nuestra propia naturaleza permanecer en justo

término medio, los excesos en uno ú otro sentido los mitiga la reputación que da un mérito extraordinario, como el de Anníbal ó el de Scipión, y, sin embargo, ambos sufrieron contrariedades y lograron ventajas con cada uno de estos procedimientos. Los triunfos, ya los hemos referido; veamos las desdichas.

A Scipión se le rebelaron en España sus soldados con parte de sus aliados á causa de no temerle, pues los hombres son tan inquietos que, á poco que se les facilite realizar sus ambiciones, inmediatamente olvidan el afecto inspirado por la bondad del príncipe, como lo hicieron los soldados y aliados de Scipión, quien, para reprimirles, tuvo que emplear el rigor, que le repugnaba. Respecto á Anníbal, no hay ejemplo de caso alguno en que su crueldad y falta de fe le dañaran, pero puede suponerse que Nápoles y otras muchas ciudades permanecieron fieles al pueblo romano por miedo á la reputación de falso y cruel que tuvo el famoso cartaginés. Tales condiciones le hicieron más odioso á los romanos que ninguno otro enemigo de los que tuvo Roma, y mientras á Pirro, cuando aun estaba con su ejército en Italia, le dijeron quién quería envenenarle, á Anníbal, aun desarmado y expatriado, nunca le perdonaron, persiguiéndole hasta que se suicidó. Por su impiedad, crueldad y perfidia tuvo éste fin; pero en cambio le produjo la ventaja, admirada por todos los escritores, de que en su ejército, formado con gentes de todas clases y naciones, nunca hubo turbulencias entre las tropas ni rebeliones contra el jefe, á causa seguramente del terror que inspiraba; el cual, unido á su fama, era tan grande, que bastaba para mantener la disciplina y la obediencia.

En conclusión: poco importa el procedimiento que emplee un general, siempre que sus grandes méritos contrarresten los efectos de las exageraciones en que

pueda incurrir por uno ú otro camino, el del rigor ó el de la benevolencia.

Se ha visto cómo Scipión por sus virtudes, dignas de alabanza, y Anníbal con actos vituperables, consiguieron igual resultado. Veamos ahora cómo dos ciudadanos romanos, por distintos caminos y ambos laudables, lograron gloriosa fama.

CAPÍTULO XXII

De cómo alcanzaron igual gloria Manlio Torcuato con su severidad, y con su humanidad Valerio Corvino.

Hubo en Roma al mismo tiempo dos excelentes capitanes, Manlio Torcuato y Valerio Corvino. De igual valor, y victoriosos ambos, tanto uno como otro aumentaron la gloria de su patria, venciendo á los enemigos; pero de diverso proceder en lo tocante al trato con sus propios soldados, porque Manlio era severísimo, ocupándoles en constante y fatigoso trabajo, y Valerio, bondadoso siempre, les mandaba con paternal afecto. Para mantener la obediencia militar, Torcuato hizo matar á su hijo, y Valerio no castigó á nadie. A pesar de tan distinta conducta, uno y otro consiguieron iguales resultados contra los enemigos, en favor de la república y en provecho de su gloria. Con ellos ningún soldado negóse á pelear, ó se rebeló ó se apartó de la obediencia en lo más mínimo, aunque el mando de Manlio fuera tan duro que, para calificar después de extraordinariamente severa cualquiera disposición, se la llamaba *manliana imperia*.

Conviene examinar por qué Manlio procedió con tanto rigor y Valerio con tanta benevolencia; cuáles fue-

ron las causas de que tan distintos procedimientos produjeran iguales resultados, y, por último, cuál sea el mejor y de más útil aplicación.

Quien observe el carácter de Manlio desde el momento que Tito Livio empieza á hablar de él, le verá hombre valeroso, piadosamente sumiso á su padre y á la patria y respetando siempre á sus superiores. Dió á conocer estas dotes al matar al galo con quien luchó en singular combate, al defender á su padre contra un tribuno, y en estas palabras dichas al cónsul antes del citado combate con el galo: *Injussu tuo adversus hostem nunquam pugnabo non si certam victoriam videam* (1).

Cuando un hombre de esta índole llega á ejercer un mando, desea que los demás se le parezcan, y la fortaleza de su espíritu le hace ordenar cosas difíciles y exigir el estricto cumplimiento de sus órdenes. Es regla ciertísima que cuando con severidad se manda, rigurosamente hay que hacer cumplir el mandato, pues de otra suerte se engañará el que mande. Además, el que quiera ser obedecido necesita saber mandar. Saben hacerlo los que, comparando sus fuerzas con las de quienes han de obedecer, cuando las ven en proporción conveniente, dan las órdenes, y cuando desproporcionadas en contra suya, se abstienen. Por eso decía un hombre prudente que para emplear en una república medios violentos, era preciso que la fuerza del opresor fuese proporcionada á la de los oprimidos, y mientras la proporción durase dudaría la violencia; pero cesaría tan pronto como el oprimido llegara á ser más fuerte.

Volviendo á nuestro tema, digo que, para ordenar cosas enérgicas y difíciles conviene ser fuerte, y los que tienen esta fortaleza de ánimo, no emplean blan-

(1) No combatiré jamás al enemigo sin orden tuya, aunque viere cierta la victoria.

dura para hacerse obedecer. Los que carecen de ella no ordenen nada extraordinario, y en lo ordinario pueden mostrar la bondad de su carácter, pues los castigos ordinarios no se imputan á los que mandan, sino á las leyes y á las exigencias del orden. Debe creerse que Manlio fué obligado á tanto rigor por las extraordinarias condiciones que su carácter daba á la autoridad que ejercía; rigor conveniente en una república para restablecer la antigua pureza de las costumbres y de las leyes; y si hubiera algún Estado republicano tan feliz que apareciesen con frecuencia en él hombres que con su ejemplo renovasen el primitivo carácter de las leyes, según antes hemos dicho, y que no sólo le impidiera correr á la ruina, sino le impulsara en sentido contrario, duraría siempre. Manlio fué uno de los que con la severidad de su mando mantuvo la disciplina militar en Roma, obligándole á ello primero su propia índole, y después el deseo de que se cumpliera lo que á impulso de las condiciones del mismo mandaba. Valerio, por su parte, podía proceder bondadosamente, porque le bastaba que se cumpliera lo que era costumbre observar en el ejército romano, y, como lo acostumbrado era bueno, bastaba para su honrosa reputación, sin ser molesta á los soldados la observancia, y sin que Valerio necesitara castigar á los transgresores, ó porque no los había, ó porque, habiéndolos, imputarian, como he dicho, el castigo á las leyes, y no á la crueldad del que mandaba. Podía, pues, Valerio practicar sus sentimientos bondadosos, consiguiendo con ellos el cariño y la disciplina de sus soldados.

Resulta, pues, que siendo Manlio y Valerio igualmente obedecidos, consiguieron por diversa vía el mismo resultado; pero los que quieran imitarles, se exponen á atraerse el desprecio ó el odio que mencioné al hablar de Annibal y de Scipión, odio ó desprecio que sólo

evita ó mitiga una gran superioridad sobre los demás.

Resta apreciar ahora cuál de ambos procedimientos es preferible, y no es cosa resuelta, porque los escritores lo mismo elogian uno que otro. Sin embargo, los que escriben para la educación de los príncipes son más partidarios de Valerio que de Manlio, y Xenofonte, citado anteriormente, al presentar muchos ejemplos de la bondad de Cyro, resulta bastante de acuerdo con lo que de Valerio dice Titó Livio en el siguiente párrafo: *Non alias militi familiarior dux fuit, inter infimos militum omnia haud gravate munia obcundo. In ludo præterea militari, cum velocitatis viriumque inter se æquales certamina ineunt, comiter facilis vincere ac vinci, vultu eodem; nec quemquam aspernari parem qui se offerret; factis benignus pro re: dictis, haud minus libertatis alienæ, quam suæ dignitatis memor; et (quo nihil popularius est) quibus artibus petierat magistratus, iisdem gerebat* (1).

También habla Tito Livio de Manlio con elogio, mostrando que su severidad al ordenar la muerte de su hijo hizo tan obediente el ejército al cónsul, que á tal obediencia debíase la victoria del pueblo romano contra los latinos, y tanto le alababa, que después de esta victoria, de describir todo el plan de la batalla y de mostrar los peligros que corrió el pueblo romano y las dificultades que necesitó vencer, termina diciendo que sólo el valor de Manlio dió la victoria á los romanos. Comparando después las fuerzas de ambos ejércitos, afirma

(1) Jamás hubo un jefe más familiar. Todos los trabajos, por penosos que fueran, los compartía hasta con los más infimos soldados. En los ejercicios militares complaciase en luchar en fuerza y velocidad con los demás, y, vencedor ó vencido, ninguna alteración sufría su semblante, aceptando medir sus fuerzas con cualquiera que lo solicitara. Era benigno en sus actos y en sus discursos, tan atento á la libertad ajena como á la propia dignidad y (lo que no es habitual) mostrábase en el ejercicio de los cargos lo mismo que al solicitarlos.

que hubiera vencido el que estuviera á las órdenes de Manlio.

Teniendo, pues, en cuenta lo que los escritores dicen de Valerio y de Manlio, es muy difícil la elección; pero á fin de no dejar sin resolver el asunto, digo que, tratándose de un ciudadano sometido á las leyes de una república, la conducta más laudable y menos peligrosa es la de Manlio, por resultar completamente favorable al Estado y no á la ambición privada: que no se forma partido mostrándose con todos severo y amando sólo el bien de la patria. Quien tal hace no tiene de esos amigos que, como antes decimos, llámense partidarios. El proceder de Manlio es, por tanto, conveniente y laudable en una república, por atender á la utilidad pública y no permitir sospechas de ambición individual.

Con el de Valerio sucede lo contrario, porque si bien en cuanto al servicio público el resultado es igual, inspira, sin embargo, desconfianza, por el especial cuidado en atraerse el cariño de los soldados, de que un prolongado mando sea de perniciosos efectos para la libertad. No los ocasionó Valerio, porque entonces, ni los romanos estaban corrompidos, ni él tuvo por largo tiempo el mando.

Pero si nos refiriéramos á la educación de un príncipe, como lo hace Xenofonte, tomaríamos por modelo á Valerio y no á Manlio; porque un príncipe debe procurar la obediencia y el amor de los soldados y de los súbditos. Consigue la primera observando las leyes y siendo virtuoso, y lo segundo mostrándose bondadoso y humano, y poseyendo las demás cualidades que reunía Valerio y por las cuales Xenofonte alaba á Cyro. El cariño del pueblo al príncipe y la fidelidad del ejército están muy de acuerdo con la índole del poder que ejerce; pero en una república no lo está con la general obligación de atenerse á las leyes y de obedecer á las au-

toridades el que un ciudadano pueda disponer del ejército.

Entre los antiguos sucesos que refiere la historia de la república veneciana, se lee el siguiente: Llegaron al puerto de Venecia las galeras del Estado, y suscitada cuestión entre los tripulantes y el pueblo, vinieron á las manos, produciéndose gran tumulto. Ni la fuerza pública, ni el respeto á los personajes de la ciudad, ni el miedo á las autoridades, podían restablecer la tranquilidad. De pronto se presentó ante los marineros un noble que el año anterior había sido su general: por afecto á él, dejaron de luchar y volvieron á las galeras. Esta obediencia fué tan sospechosa al Senado que al poco tiempo, para librarse los venecianos del citado noble, ó le prendieron ó le mataron.

En conclusión: las dotes de Valerio, buenas en un príncipe, son perniciosas en un ciudadano, perniciosas para la patria y para él; para aquélla, porque preparan el camino á la tiranía; y para él, porque la sospecha de sus intenciones obliga á los demás ciudadanos á prevenirse en contra suya y en su perjuicio. Por razón contraria afirmo que la conducta de Manlio en un príncipe sería perjudicial á sus intereses, y en un ciudadano es útil, sobre todo á la patria. Además, rara vez causa daño á quien la sigue, á no ser que al odio por la severidad se unan las sospechas por la gran fama que las otras virtudes le produzcan, como veremos que sucedió á Camilo.

CAPÍTULO XXIII

Por qué causa fué Camilo desterrado de Roma.

Hemos dicho que quien procede como Valerio perjudica á su patria y á sí mismo, y quien como Manlio, fa-

vorece á su patria, aunque alguna vez su conducta le sea personalmente dañosa. Demuestra esto mismo el ejemplo de Camilo, quien en sus procedimientos se asemejaba más á Manlio que á Valerio. Por ello dice Tito Livio hablando de él: *ejus virtutem milites oderant, et mirabantur* (1). Admiraban su solícitud, su prudencia, la grandeza de su alma, el buen orden con que disponía y mandaba el ejército; odiaban su inclinación á ser más severo en los castigos que liberal en las recompensas.

Tito Livio refiere los siguientes motivos de este odio: en primer lugar, el dinero que produjo la venta de los bienes de los veientes lo aplicó al Tesoro público y no lo repartió como botín; además, al entrar en triunfo en Roma, hizo que arrastraran su carro triunfal cuatro caballos blancos, y á causa de ello se dijo que, por orgullo, había querido igualarse al sol: finalmente, habiendo hecho voto de entregar á Apolo la décima parte del botín cogido á los veientes, para cumplirlo tuvo que quitar á los soldados parte del que habían cogido.

Fácilmente se comprende, por lo dicho, lo que en el pueblo ocasiona mayor animadversión contra un jefe, siendo la principal causa privarle de algo útil. Esto tiene bastante importancia, porque jamás olvida el hombre que le quiten lo que le produce utilidad. Cuando necesita lo que le han quitado, recuerda la ofensa, y, como la necesidad es casi diaria, también lo es el recuerdo.

El orgullo y la altanería es otra de las causas que ocasionan la animadversión de los pueblos, sobre todo de los pueblos libres, y aunque el fausto y la soberbia no le produzcan daño alguno, odia al soberbio. De este defecto debe guardarse un príncipe como de un escollo,

(1) Los soldados odiaban y admiraban sus virtudes.